

DIFICULTADES EN EL CAMINO DE LA PAZ ISRAELO-EGIPCIA

Cuando, tras los acuerdos de Camp David, se reunieron los representantes de Egipto, Israel y Estados Unidos en la *Blair House* de Washington, no se esperaba hubiera tantas dificultades para conseguir el ansiado tratado de paz que satisficiera a ambas partes. Los mismos países árabes radicales, aunque proclamaban que el Tratado no resolvería el problema de Oriente Medio, temían sin embargo que Sadat firmara un tratado de paz por separado con el enemigo, en su ansia de recuperar el Sinaí—para cuya devolución los israelíes ponían pocas dificultades—, de desmovilizar parte de sus fuerzas armadas, de explotar el petróleo de dicha zona y, libre de la preocupación de la guerra, iniciar una colaboración económica que permitiría a su pueblo unas mejores condiciones de vida al sanear su maltrecha economía. Aunque todas estas razones son muy válidas para Sadat, éste necesita, sin embargo, atraer a las otras partes del frente de la confrontación a las negociaciones, en lugar de ser acusado de capitulacionista en los términos más vehementes, y necesita también el apoyo de los países moderados y ricos en petróleo del Golfo, que, a su vez, tampoco quieren ser acusados de traidores, aunque estén deseando se solucione este conflicto por temor al coloso soviético, que extiende su influencia en los países vecinos. Los últimos acontecimientos de Irán, aunque no promovidos por la URSS, son un aldabonazo para esos regímenes conservadores, particularmente Arabia Saudita, que desea que los árabes estrechen sus filas y no aumenten sus diferencias, como el rechazo de la política de Sadat hace temer.

Por esto, el presidente egipcio, en su proyecto de tratado, que previamente a estas conversaciones envió al presidente Carter, introducía una exigencia referente a algo que, en los acuerdos marco de Camp David había quedado muy desvaído, siendo como es el corazón de todo el problema de Oriente Medio, es decir, el futuro del pueblo palestino. La exigencia era que el proyectado autogobierno

de la ribera occidental del Jordán y de la franja de Gaza debía discutirse en el contexto de los acuerdos de Camp David. En este punto, Egipto ha sido apoyado, desde un principio, por Norteamérica, con gran desconsuelo por parte israelí, que en todo momento se ha negado a ninguna clase de concesiones.

También proponía Egipto en su proyecto de tratado que éste, después de firmado, debía revisarse al cabo de cinco años, lo que asimismo tropezó con la intransigencia israelí, encarnada en Beguin, que replicó, a través de su ministro de Asuntos Exteriores, Moshe Dayan, que «un tratado es eterno».

Por su parte, los israelíes encontraron la negativa de Egipto en un propuesto cambio de embajadores inmediatamente de firmarse el Tratado y ante la oposición tan radical entre los dos proyectos de tratado. Estados Unidos presentó uno suyo que intentaba armonizar los dos rivales y que consiguió fuera aceptado por éstos como documento de trabajo. Tampoco éste sirvió, cuando se iniciaron las conversaciones, y, tras una semana de discusiones se sustituyó por otro, que es el que figura en la sección de Documentación Internacional de este número.

Eran muchos en Norteamérica, dentro de la Casa Blanca y la Secretaría de Estado, los que esperaban que el Tratado se firmara, primero en el aniversario de la histórica visita de Sadat a Jerusalén, el 18 de noviembre, y cuando menos en la fecha límite, al finalizar el plazo de tres meses, tras la firma de los acuerdos de Camp David, es decir, el 17 de diciembre. Sin embargo, nada de esto sucedió, y muchos lo achacan a la cumbre de Bagdad, un éxito de Irak y en el que no cabe duda tuvo un destacado papel el líder saudita, Emir Fahd, heredero del reino y vicepresidente del Consejo de Ministros de Arabia Saudita, en la moderación que resultó al final del mismo, reflejada en su comunicado final¹.

La ausencia de un apoyo decidido de este país a las negociaciones que Egipto llevaba a cabo con el enemigo común puede haber sido un factor determinante en el endurecimiento de la actitud de Sadat a partir de dicha cumbre y en que fuera capaz de resistir las presiones norteamericanas para que firmara el tratado de paz en la citada fecha prevista.

También han tenido que ser factores determinantes en esta progresiva resistencia de Sadat a firmar el Tratado si no se establece un vínculo entre ambos marcos acordados en Camp David, la actitud

¹ Véase en la sección de Documentación Internacional del número 160 de esta REVISTA.

de los palestinos habitantes de la Palestina ocupada, cuya actitud de rechazo al autogobierno propuesto se puso de manifiesto en el comunicado que emitieron al final de la Conferencia celebrada en Jerusalén el día 1 de octubre de 1978, firmado por 98 dirigentes palestinos de la ribera occidental del Jordán, entre ellos la mayoría de los alcaldes de las principales ciudades y también la resistencia en su propio país de determinados grupos con cierta influencia, reflejado en la memoria que varios dirigentes del Consejo del Mando Revolucionario que hicieron la revolución de 1952 enviaron a su presidente.

Los palestinos de la ribera occidental rechazaban el autogobierno (*self-rule*), pues con él no acababa la ocupación militar israelí, y todo lo que no fuera una completa autodeterminación, y asimismo proclaman a la OLP como su única representante. El documento aparece en la sección de Documentación Internacional de este número de la REVISTA. Por su parte, los componentes del Consejo del Mando Revolucionario egipcio, entre cuyos firmantes se encontraban Kamal ad Din Husain, Abdul-Latif Bagdadi, Husain Chafiai y Zacariah Muhi ed Din, expresaban, en síntesis, en su memoria que los acuerdos de Camp David no iban a beneficiar a Egipto ni a la Nación Árabe en modo alguno, y expresaban su preocupación por los peligros y riesgos que envolvía una paz por separado. También se acompaña una traducción de dicha memoria en la citada sección de Documentación Internacional de este número.

La resistencia de Sadat se manifestó en un principio en tres demandas principales:

1. Que el tratado entre Egipto e Israel debía reflejar el reconocimiento por las partes que participan en los acuerdos de que la esencia del problema de Oriente Medio es la cuestión palestina, en contra de la insistencia israelí de separar el tratado de paz del marco general. Para ello exige Egipto que se establezca un calendario con fechas definidas para la instauración de una administración autónoma en Cisjordania y Gaza, vinculándola a la firma del tratado de paz. Es el célebre vínculo (*linkage*) entre los dos acuerdos marco.

2. Que se eliminen del proyecto de tratado las cláusulas de su artículo sexto que garantizan la prioridad de los compromisos del tratado de paz que se firme sobre otros compromisos internacionales. Esto, por lo que a los egipcios se refiere, supone desertar del pacto de defensa mutua de la Liga de Estados Arabes, firmado en 1950, que

obliga a todos los miembros del pacto a entrar en guerra contra un Estado que ataque a cualquiera de ellos.

La tercera demanda era que se otorgara a Egipto una posición especial en la cuestión de la Franja de Gaza, permitiéndosele abrir una oficina de enlace y estacionar fuerzas de policía egipcia en la zona. Sería como iniciar el proceso en el sitio más fácil e inducir a Jordania a unirse a las conversaciones.

Todo esto fue rechazado por Israel una y otra vez de un modo tajante, mientras los Estados Unidos trataban de mantener una posición de neutralidad intentando armonizar puntos de vista tan divergentes, principalmente por su temor al arma del petróleo, visto que ninguno de los países moderados petrolíferos mostraron la menor actitud de apoyo a los marcos para la paz.

Así las cosas, el diario egipcio *Al Ahram* publicó el 24 de noviembre, de un modo inesperado para sus asociados en las conversaciones de paz, el proyecto de tratado de paz citado; pero de un modo incompleto, pues se omitían las citadas cláusulas del artículo sexto del mismo que, como hemos visto, anulaba cualquiera de las que se hacían conflictivas, obligaciones de Egipto con los demás países árabes. Es difícil que esta publicación se hiciera sin el consentimiento del Gobierno egipcio, y con ella lo que Sadat quizá intentara fuera demostrar a sus países hermanos lo mismo que con su insistencia en que el arreglo debía ser completo, estableciendo la unión entre los dos marcos, que él de ninguna manera aceptaría negociar una paz por separado.

Al siguiente día, los ministerios de Asuntos Exteriores norteamericano e israelí publicaron el texto completo del proyecto de tratado para evitar incomprendiones—según dijeron los norteamericanos—, y los israelíes, además, publicaron el anexo III, que también figura en la sección de Documentación Internacional de este número, y en el que se especifica que, tras la primera etapa en la retirada israelí del Sinaí, se establecerían relaciones diplomáticas y relaciones comerciales, terminando el *boicot* egipcio contra Israel después de seis meses. También quizá hiciera esto el Gobierno israelí para acallar críticas interiores, mostrando los futuros beneficios de la firma del tratado, sin doblegarse a las exigencias de Sadat, pues las tres demandas de éste que hemos citado fueron rechazadas de un modo tajante por el citado Gobierno. La aceptación por parte de Egipto de la cláusula 4.^a del artículo 6.^o del proyecto de tratado fue calificada por Dayan de corazón del mismo y que, para Israel, suprimirla era transformar un acuerdo de paz permanente en uno temporal. A lo

que Egipto replicaba que si Israel no atacaba no tenía por qué temer porque sólo en caso de ataque estaba obligado a acudir en ayuda de sus hermanos árabes. Es decir que para Sadat el conservar la alternativa militar no quiere decir que la vaya a utilizar, sino que lo que quiere es asegurarse que el Gobierno israelí no aprovechará el compromiso egipcio para atacar a Siria, por ejemplo. Es interesante, a este respecto, la explicación que daba el editorialista del diario saudita *Arab News* en esos días:

«No es justo considerar la posición egipcia como un trampa. Egipto está interesado básicamente en garantizar la total y honrada puesta en vigor del tratado de paz y el enlace de los dos marcos es su seguro contra un fracaso. Pero cuando Israel pide a Egipto que renuncie a sus obligaciones árabes sólo puede tener una de las dos cosas siguientes en mente: Evitar hacer honor a su compromiso de una paz global o aislar a Egipto del resto del mundo árabe y debilitar a los demás Estados árabes lo bastante para negarles la oportunidad de pedir que se les devuelva sus tierras ocupadas»².

Por seguro contra un fracaso entiende el editorialista que si Israel, por ejemplo, accede a la retirada de una parte del Sinaí que vaya de Al Arich a Ras Muhammad durante el primer año del tratado, pero que luego inmovilice en la negociación la cuestión palestina, Egipto puede entonces suspender el cambio de embajadores o negarse a establecer relaciones económicas al no hacer honor Israel a sus obligaciones del Tratado. El enlace entre los dos marcos permite de este modo a Egipto apartarse de sus compromisos cuando Israel se muestre remiso.

Está claro que Sadat no quiere romper con sus hermanos árabes firmando un tratado de paz por separado que no incluya de un modo tangible un inicio de resolución del problema fundamental de la región de Oriente Medio, el del pueblo palestino, y que Beguin desea asegurar, a cambio, la inmovilidad de Egipto, la nación árabe más potente, en cualquier clase de conflicto que pueda tener con los componentes del Frente de la Firmeza, bien por ser atacado o en caso de un ataque suyo preventivo. Es el trueque fundamental. Para Sadat su exigencia es básica y así lo han comprendido los Estados Unidos, aunque hasta ahora nada han conseguido de Israel. En el acuerdo marco no hay nada concreto, no hay una fecha para el fin de la ocupación israelí ni habla para nada de futuras fronteras ni de la vuelta a sus hogares de los palestinos expulsados o huidos ni nada que satisfaga ni aun a los palestinos modera-

² «Safety in linkage», *Arab News*, 30 noviembre 1978, p. 6.

dos que no tengan en mente la aniquilación de Israel. Por otra parte, ven que Israel sigue adelante con su política de construir nuevos asentamientos en las zonas ocupadas de la ribera occidental y Gaza, y entonces temen que Israel nunca dejará su gobierno militar, aunque conceda una autonomía limitada a los habitantes de dichos territorios, y por supuesto ninguna esperanza de que Israel acceda a separar Jerusalén oriental de su unificada capital y esté dispuesto a entregarla a los árabes, como estaba antes de 1967, con el consiguiente problema de los Santos Lugares musulmanes. Por todo ello, de ninguna manera los marcos de Camp David pueden ser aceptados por la OLP y ni aun por los países moderados, entre ellos Jordania, cuya federación con los palestinos sería una solución aceptada por Israel. La esperanza de esta nación y de Norteamérica es que los palestinos residentes en la ribera occidental y la franja de Gaza se sintieran atraídos por la posibilidad de ejercer un autogobierno que sería algo más que lo que ahora tienen, pero para ello tendrían que convencerse que, realmente, iban a ganar algo con la fórmula propuesta. Esta da al Gobierno israelí un tiempo de transición (cinco años) que permita a sus ciudadanos aceptar la autodeterminación palestina, especialmente de aquellos que están preocupados por la seguridad del territorio que definitivamente ocupen y que ésta no se conseguirá más que dando una satisfacción adecuada al pueblo palestino árabe.

Por su parte, los Estados Unidos tienen que pensar que, de ningún modo, es de su interés que Egipto firme un tratado de paz separado con Israel sin atenderse a estas demandas. Se levantaría una airada protesta en todo el mundo árabe y se tomarían medidas contra él, que en nada le favorecerían. Por de pronto la ayuda que le prestan los países moderados, vital para él en estos momentos, si no cortada de un modo absoluto, se vería muy disminuida y los Estados Unidos, que ya están un poco cansados de la que conceden a Israel, tan onerosa para el contribuyente norteamericano, no podrían reemplazarla. Y tampoco sería beneficioso para los Estados Unidos dividir al mundo árabe en dos bandos de un modo radical, pues esto sólo podría beneficiar a la URSS y que tenga muy en cuenta lo que está sucediendo en Irán.

Además, como dijo el presidente Carter, al preguntársele sobre la cuestión del enlace entre la retirada en el Sinaí tras el tratado de paz y la autonomía de la ribera occidental del Jordán y la franja de Gaza: «Bien, no he tenido ninguna duda, ni la han tenido el presidente Sadat y el primer ministro Beguin, que una de las premisas para las negociaciones de Camp David ha sido un acuerdo de paz comprensivo que incluya no solamente un tratado de paz aislado entre Israel y

Egipto, sino también la continuación de una solución para las cuestiones de la ribera occidental, la franja de Gaza y también de los Altos de Golán»³.

Es decir, que la posición norteamericana no está muy alejada de la egipcia, y por eso Egipto insistió en que se haga un intercambio de despachos, con categoría de acuerdo internacional, en lós que se prevean que las conversaciones sobre el futuro de los territorios palestinos comenzarán un mes después de la firma del tratado de paz y las elecciones para elegir la administración autónoma palestina se llevara a cabo nueve meses después de la firma de ese tratado de paz, coincidiendo con la retirada de Israel al este de la línea Al Arich-Ras Muhammad. Es decir, que si hubiera firmado el tratado de paz en la fecha prevista del 17 de diciembre—tres meses después de la firma de los acuerdos de Camp David—antes del final del año 1979 habría quedado implantada la autonomía palestina en sus territorios hoy ocupados por Israel. Todas estas proposiciones han sido rechazadas una y otra vez por Israel, pero ahora, tras los sucesos de Irán, es probable que Estados Unidos le presionen más y que los países árabes moderados petrolíferos tiendan a apoyar más a Sadat. Respecto a éste hay una afirmación de una persona tan relevante como es Henry Kissinger que, en una entrevista concedida a la revista *Newsweek*, contestando a una pregunta hecha por su entrevistador sobre la cuestión de las consecuencias de una paz por separado:

«Creo que Sadat ha tenido razón al tratar de establecer un vínculo con la próxima fase de las negociaciones sobre la ribera occidental y Gaza»⁴.

Asimismo otro relevante personaje, también de raza judía, Nahum Goldman, ha dicho recientemente:

«El innegable hecho que determina la presente situación y la evolución en Oriente Medio es que el tiempo no trabaja en favor de Israel. La creencia de Israel en su superioridad como un fenómeno permanente no tiene fundamento en la realidad. Por una parte, 100 ó 120 millones de árabes están alineados contra tres millones de judíos—o cuatro o cinco en los próximos años—y su inteligencia natural les permitirá en un futuro muy próximo aprender el uso de

³ DENNIS WINTER: Corresponsal del diario *Arab News* en Washington. «Camp David promises», *Arab News*, 28 noviembre 1978, p. 6.

⁴ A. DE BORCHGRAVE: «Straight talk from Kissinger», *Newsweek*, 11 diciembre 1978, p. 14.

las armas más modernas. Por la otra parte, la tremenda riqueza de los Estados árabes productores de petróleo y el poder político que esto da al mundo árabe influye la política norteamericana. Israel no puede, a largo plazo, dar por descontado un apoyo político, militar y económico, total e ilimitado por parte de Norteamérica. El hecho más decisivo, y para Israel el más ominoso, es que no puede imaginarse, bajo ninguna circunstancia, la eliminación de los árabes de Oriente Medio, mientras que infortunadamente es completamente concebible, en caso de una aplastante victoria árabe y la indiferencia del mundo en general, Israel puede ser destruido. Esto realmente suele usarse frecuentemente por Israel en defensa de su intransigente política»⁵.

Estas afirmaciones de personajes tan destacados y concedores de la cuestión y que por su raza desean el mantenimiento del Estado de Israel, unidas a la agresiva política de la Unión Soviética en la zona confirman lo que decíamos de que los Estados Unidos no tendrán más remedio que presionar más a Israel para que acepte las mínimas demandas árabes en favor de los palestinos en las nuevas conversaciones que se han anunciado para sacar adelante el tratado de paz⁶.

FERNANDO FRADE

⁵ NAHUM GOLDMAN: *Zionist ideology and the reality of Israel*. Foreign Affairs. Fall 1978, vol. 57, núm. 1, p: 75.

⁶ F. FRADE: *El conflicto árabe-israelí tras los acuerdos de Camp David*, núm. 160 de esta REVISTA. Madrid, noviembre-diciembre 1978.